
UN NUEVO DESTINO DE ANTIOQUIA

ABEL NARANJO VILLEGAS

**Revista Repertorio Histórico
Academia Antioqueña de Historia
Vol. XXXVII, no. 247, 1985**

Discurso de Recepción como Miembro Honorario de la Academia Antioqueña
de Historia el día 27 de septiembre de 1985

El profesor Alberto Mayor Mora ha publicado recientemente un valioso libro “Ética, Trabajo y Productividad en Antioquia”, excepcional investigación sociológica e histórica que, ojalá, merezca en las gentes de esta misma región la penetración y difusión que mereciere.

La tesis de esta obra podría integrarse con la de otro investigador vallecaucano, Luis H. Fajardo, prematuramente fallecido, “La moralidad protestante de los antioqueños”, también inmerecidamente silenciada por la crítica nacional. Convergen estos dos estudios a profundizar capilarmente en la sicología y el ethos del pueblo antioqueño, en la interpretación de su pasado, y la perplejidad de su actual situación. En este sentido valdría la pena discutir como hipótesis lo que sostiene el profesor Mayor Mora en su introducción a la obra cuando escribe: “Sus líderes no se cansaban de repetir: “La más alta riqueza de nuestro pueblo no son sus minas, ni su comercio, sino las virtudes morales heredadas de nuestros antepasados”; a tono con lo cual el antioqueño fue símbolo proverbial de industriosisidad, laboriosidad y compromiso con su trabajo. Hoy parecen haberse agotado no sólo sus minas, comercio e industrias, además de la parte más recia de la herencia: su moralidad, industrias, además de la parte más recia de la herencia: su moralidad, sino que da la impresión que aquellas cualidades laborales han sido igualadas e incluso superadas por empresarios y trabajadores del resto del país”.

Conviene discutir a última afirmación para justificar la globalidad del aserto, extendiéndolo a todo el pueblo antioqueño y no aun sector de esa sociedad. En efecto, siguiendo una rigurosa lógica del libro, fue un sector de ese pueblo el que secularizó la moral, siguiendo la divisa que difundió el doctor Alejandro López en la Escuela Nacional de Minas de “una moral sin religión y una conciencia sin fe”. Desde luego no era su ambición la de despojar a ese pueblo de su vieja religiosidad sino que, al perder la fe, no sucumbiría su moral. Un ascetismo mundano que no necesitara del apoyo religioso para sostenerse en la ejemplaridad de la conducta, era el blanco al que apuntaba el pensamiento del ilustre inspirador ideológico de la Escuela Nacional de Minas. Otra cosa fue que ese sector social, educado bajo esas divisas, se hubiera quedado súbitamente con el lucro económico que le deparaba esa conducta, arrojando por la borda la pureza moral con que se lograra ese lucro, así fuera esa moral secularizada. La ideología del lucro, desnudada ya de moralidad religiosa o secular, acabó por absorber un sector dirigente de aquella sociedad, convertida en el

paraíso de narcotraficantes y cómplices que se beneficiaban de sus transacciones en propiedad raíz y en industrias.

No parece claro el proceso de descomposición en los sectores sociales que se han mantenido ajenos a esa evolución moral. El fracaso de una clase empresarial que se dejó arrollar en esa corriente no involucra a la totalidad de ese pueblo que se mantiene inscrito en su antañona costumbre. Pero es profundamente significativo cómo fue invadida la empresa pública como la privada en la mentalidad que se impartía desde la Escuela Nacional de Minas, tal como aparece investigado en los cuadros de la obra que comentamos. Sólo que habría que subraya, casi diríamos, añadir, que no sólo fue a las empresas públicas y privadas sino alas educativas. Como hipótesis de trabajo me atrevería a sugerir un estudio que reforzara las tesis del profesor Mayor Mora, y que consiste en estudiar en qué momento se trasladó a las facultades de derecho el mismo proceso, sin desvelar la ideología. El hecho es que, hacia 1930, tal vez por emulación profesional en vista de que los ingenieros estaban privilegiadamente ocupando en las empresas públicas y en la industria privada las posiciones de comando, se incrustaron a las facultades de derecho, materias como la Economía Industrial, la Estadística, etc., encaminadas a preparar gerentes que no sólo conocieran las leyes de una racionalidad económica y sociológica del trabajo, sino una legislación laboral que respondiera a la agitación social que estaba irrumpiendo en el ámbito nacional. Fue así como empezó a desplazarse la gerencia de las empresas de los ingenieros hacia los abogados. Hay un denominador común que predominó en los años del capital en Antioquia y fue el de que la educación superior debía orientarse hacia la gerontocracia.

Este libro me ha suscitado la idea de que ha llegado el momento de que Antioquia se detenga en una pausa que le permita reubicar los parámetros mentales y morales en los que debe producirse un nuevo cuadro dirigente, en el supuesto de que las últimas categorías en que creyó realizar su destino están agotadas y, por tanto, conviene descubrir unas que recuperen la órbita de su misión histórica.

Los pueblos que vivieron en la época de los héroes aspiraron a que sus hombres se acogieran a ese ideal superior y fracasaron. Después fue su meta la de los dioses y no pudieron alcanzarla. Terminaron propiciando los sacrificios humanos como ofrenda a quienes no podían emular. Primero se acogieron al modelo de los héroes y en la imposibilidad de que el común de los mortales se aproximara a la imagen de Aquiles desembocaron en la crueldad de las guerras, una vida orientada hacia el exterior y sin que se aproximaran a lo más urgente que era lo inmediato: encontrar los sentimientos germinales de humanidad.

Cuando Herder planteó que la idea de la historia era la educación o preparación del hombre para la humanidad, los hombres se extraviaron en el laberinto de las interpretaciones contradictorias. Por eso se le ha corregido a la Mitología tradicional su error de afirmar que fue primero la idea de las divinidades y después la de los héroes cuando, la contrario, primero se produjo la edad heroica y, después aparecieron los dioses, dotados de las cualidades humanas graduadas al infinito.

En ese profundo sentido fue como afirmó Jenofonte que el hombre había creado los dioses a su imagen y semejanza hasta que llega el cristianismo y humaniza a Dios, tratando de elevar al hombre hasta la divinidad y alcanzando hasta a dividir la historia como la concebimos ahora. La Edad Media fue la edad del Padre, el Renacimiento que es la edad del hijo y la edad contemporánea que es la edad del Espíritu Santo. En ese contexto y apelando hasta cierto sospechoso panteísmo es como entendemos a Dios difundido en el universo, asistido el hombre por una especie de cosmopatía que lo vincula con la totalidad del universo. Se desprende de ahí una pauta de comportamiento orientada a elevar por todas partes la condición humana, fundado en una plena conciencia de pueblo cultural. Si en el hombre primitivo ya resplandecía el aprecio del prójimo, como solidaridad de la especie, sorprende que en el estado actual de la historia humana se hayan borrado tantas líneas de ese aprecio, para instaurar el desprecio. Se advierte ese borrón en la conducta que lleva a preferir el lucro personal a expensas del daño que se hace al prójimo cercano o lejano, al que se intoxica del daño que se hace al prójimo cercano o lejano, al que se intoxica y degrada con la droga; al cliente al que se engaña con la calidad del producto que se le entrega; al profesional que no practica el servicio sino el lucro.

Esas pautas de comportamiento colectivo han evaporado el aroma exquisito del aprecio y han esparcido por todas parte la árida ceniza del desprecio. El desprecio del beneficiario de los dineros sucios por el que no los tiene, desprecio del delincuente y de sus cómplices por los hombres honestos; desprecio, de los pillos con fortuna por los hombres honestos, desprecio por todas partes, desprecio de la virtud escarnecida por el vicio victorioso y de éste para quien la virtud es una afrenta.

Constituirse todo un pueblo en defensor de la especie puede ser una bandera para una generación que esté dispuesta a construir su destino y el de nuestro pueblo con substancia propia y no con normas ajenas a su índole. Cuando un pueblo trabaja con normas ajenas a su naturaleza cae en la perplejidad y el

desconcierto, pierde el rumbo porque los pueblos como el hombre no pueden acogerse a pautas inferiores a su destino.

Conviene, pues, tomar una conciencia clara de que la trayectoria directiva de Antioquia, a nivel de su sistema educativo, recorrió la etapa de un humanismo que fortaleció teóricamente el gran Berrío en 1872-1873, yuxtaponiendo al que venía desde la colonia e independencia, hasta convertir a Antioquia en un yacimiento cultural de la República. Vino después la etapa del pragmatismo racionalizado que tuvo su teoría en la Escuela nacional de minas, extendida después a todo el sistema educativo y que fue realizándose hasta la implantación de esa ideología de la ganancia que ha tergiversado las dos anteriores corrientes, porque ha reducido las relaciones sociales cuantitativamente al nivel del precio, ha olvidado que el hombre tiene el valor de la dignidad y que sólo ella aumenta los ceros que se inscriben a la derecha del número, mientras el precio es el cero que disminuye, a la izquierda, las dimensiones de la personalidad.

La derrota del pesimismo brota de las entrañas de nuestro pueblo cuando aceptamos reflexivamente el reto y nos proponemos dialécticamente encontrar la síntesis de esas dos experiencias. ¡Pero no dialectizamos el problema si no penetramos audazmente el fenómeno. El profesor López de Mesa lo advirtió premonitoriamente cuando en su estilo a veces eufemístico escribió, “Al occidente colombiano ensombrece un poco hoy día la orientación contemporánea hacia una civilización económica, hedonista y sobre todo enamorado del buen éxito fulminante, del triunfo por el triunfo a veces, como realización de la personalidad, y del triunfo como obtención de las comodidades que “sensualicen” la vida, hasta ese límite de extravagancia con que gentes de otro lares, sin exacta noción de su entidad, doran y barnizan la angustia de sus instintos apremiados y enfermos”.

Esa síntesis supone que lleva los elementos aprovechables de las dos corrientes anteriores pero insertándolos en otros elementos superiores, orientados hacia la restauración de un orden ético que vuelva a empalmarlo con el orden histórico de la estirpe. Ya abolida la etapa en que nuestras gentes vivían en la fe, es decir, en la creencia de un Ser Supremo el que pueda creer en nosotros. Resulta más exigente una conducta dirigida a que Dios crea en nosotros que aquélla que ha justificado todo lo nocivo, refugiándose en que se cree en Dios. Sólo así recobramos el aprecio a la vez de nuestros prójimos porque ya nuestra conducta no tendrán un precio sino una dignidad. Las zonas de influencia se expandirán de unos hombres a otros, de una ciudad a otras, de una región a las vecinas, de una doctrina a la diferente, de una u otra

conciencia. Se habrá así expandido la conciencia para salir del circuito individualista en que cada uno piensa sólo en su aprovechamiento, cada ciudad en el suyo, etc, ofreciendo el desolador espectáculo de una entidad administrativa microcefálica, asociada rencorosamente por la inercia y todas con pautas inferiores a su destino.

Las zonas de influencia lo serán para el provecho social de todas las unidades que integran la división territorial y el país y no para el aprovechamiento particular de sus recursos naturales y humanos.

Recobrar la ejemplaridad directiva es la teoría que tienen que asumir estos grupos culturales para sobreponerse pacíficamente a la arrogancia de quienes no han entendido el mensaje secreto de la estirpe. A esa tarea invito, casi pudiera decir que con ternura, a esta Academia que hoy me honra con desmesurada abundancia para la minúscula cuantía de mis merecimientos. Se impone una vehemente llamada que hagamos a la actual generación para que levante a vivir a nuestro pueblo autónomamente y a no dejarse vivir. De ahí que si no lo hace quien tenga legítimos derechos para hacerlo, resulta forzoso que lo haga cualquiera, por ejemplo, yo.

Considero que hemos llegado a la altura del tiempo en que es necesario despojarse de símbolos que tergiversaron el contenido de la región para suplantarlos con los del regionalismo; reducir a sus justas proporciones el folclor para abrirle el espacio a la cultura; tensionar hacia arriba los valores que, orientados a la bajeza, generan la chabacanería con que se disuelve aquella esencia refinada que es la sencillez.

Es necesario romper ese círculo de mezquindad que nos incita a demostrar la mal llamada "antioqueñidad" con los símbolos del carriel, la alpargata, el vocabulario procaz, la prepotencia desafiante, para implantar en las honduras las semillas de la solidaridad, la honra del servicio, la dignidad y esplendor de aquellos varones que rayaron tan alto en la conciencia nacional.